

DEL PUESTO QUE LA REFLEXION TEOLOGICA DE LOS PRIMEROS SIGLOS ASIGNA A MARIA EN LA OBRA SALVADORA DE CRISTO

LAURENTINO MARIA HERRAN

Humanitas Christi et Maternitas Virginis adeo sibi sunt connexa, ut qui circa unum erraverit oporteat etiam circa aliud errare.

St. Thomas, in III Sent. d 4, q 2, a 2.

Introducción

Se habla y se escribe a propósito de *criterios cristológicos*, sobre todo al tratar de Mariología o piedad mariana, como una especie de alerta para no pasar unos límites que invadirían abusivamente el terreno de la cristología o el honor que se debe a Cristo.

Mal usados estos criterios, pueden llevarnos a suprimir o a reducir el campo que, a través de los siglos, ha ido ensanchando la Mariología.

Algunas cristologías se hacen eco de advertencias pontificias —que recoge el Concilio Vaticano II (Const. *Lumen gentium*, n. 67)— e insisten en algo que es más que un peligro, el *inflacionismo* mariológico o las desviaciones de la piedad mariana.

Pablo VI en la exhortación *Marialis cultus*, para una conveniente revisión de las prácticas de devoción a la Virgen, indica que «es sumamente conveniente que los ejercicios de piedad a la Virgen expresen claramente la nota trinitaria y cristológica que les es intrínseca y esencial»¹.

1. PAULO VI exhort. «*Marialis cultus*», AAS 67 (1974) p. 135. Pablo VI a lo largo de la exhortación insiste en la aplicación de estos criterios, según los cuales,

Y en virtud de esta indicación, en el calendario litúrgico, se han «restituido» a Cristo dos fiestas que venían desde siglos siendo fiestas de la Virgen: la Anunciación y la Presentación de Jesús en el Templo.

Ahora bien, sin olvidar esta normativa, vamos a hacer unas reflexiones sobre el puesto insustituible que la Virgen María ha de tener en una cristología que se apoye debidamente en la Palabra de Dios, como nos llega por la Sagrada Escritura y por la más antigua tradición eclesial.

1. *Cristo, Hijo de Dios*

La confesión cristiana de los orígenes, tal como nos la transmiten los escritores del Nuevo Testamento, la podemos centrar en la predicación de los Apóstoles a raíz de Pentecostés:

— «Que toda la casa de Israel sepa con toda certeza: Dios ha hecho Señor y Cristo a este Jesús que vosotros habéis crucificado» Act 2, 36.

— «A Jesús... a quien vosotros habéis hecho morir, siendo príncipe de la vida, Dios lo ha resucitado de entre los muertos: de ello nosotros somos testigos» Act 3, 15.16.

— «Los habitantes de Jerusalén y sus jefes..., sin encontrar en él motivo alguno de muerte, le condenaron... Pero Dios lo resucitó» Act 13, 27.30.

— «...el Hijo de Dios, nacido de la descendencia de David según la carne, establecido Hijo de Dios con poderío según el Espíritu de santidad, por su resurrección de entre los muertos» Rom 1,34.

Las citas podían multiplicarse, pero son suficientemente conocidas.

Así pues en el querigma primitivo, y por tanto original, se propone insistentemente, y como verdad nuclear, que Cristo por su Pasión y Resurrección llegó a su glorificación de tener un «nombre sobre todo nombre» (Phil 2,9). Señor, Κύριος².

en la reforma litúrgica, son *fiestas del Señor* la Anunciación y la Presentación de Jesús en el Templo (Purificación). Pero él mismo hace caer en la cuenta de la gran *carga mariológica* que tienen esas dos fiestas, nn. 6.7 (pp. 120.121), pues no en vano el concilio Vaticano II establece la base de la creencia y el culto en el «arctum et indissolubile vinculum» que existe entre María y su Hijo. En la Anunciación María es, como ha dicho Juan Pablo II, *protagonista*, «la primera e indispensable colaboradora del plan divino de salvación» (Audiencia general, 25-III-1981); y en la Presentación del Niño fueron sus padres los que la presentaron y le presentaron y le ofrecieron (*Marialis cultus*, *ibid.*).

2. Suponemos la exégesis católica que se viene elaborando sobre estos temas,

Para varias cristologías modernas el tema de los orígenes de Cristo habría sido tardío, y por tanto no necesario para el mensaje de salvación que los Apóstoles predicaron.

Pero parecen olvidar el breve, pero suficientemente decisivo, testimonio de Gal 4,4 y el compendioso *κατα σαρκα* de Rom 1,34.

Y no parece se deba olvidar el empeño decidido del Evangelio de San Juan, y de sus cartas, de proclamar que el *Verbo se hizo carne σαρξ*³, carne palpable aun después de la resurrección.

Y este elemento, la *carne*, engarce de Cristo con David y los Patriarcas, no puede considerarse objetivo: es demasiado el énfasis que pone San Pablo en su carta a los Romanos, y en la proclamación que hace en Gálatas, que *Dios envió a su Hijo nacido de Mujer* para que nosotros recibiéramos el espíritu de adopción.

Luego está la llamativa insistencia de los escritos de San Juan sobre la encarnación del Verbo, culminación de la línea descendente de Dios hacia los hombres. Esta confesión será la tesera, contraseña o símbolo de los creyentes:

En esto conoceréis el espíritu de Dios:
todo espíritu que confiesa que Jesucristo
ha venido en la carne
es de Dios;
y todo espíritu que no confiesa a Jesús
(que rompe la unidad de Jesús)
no es de Dios. (1 Jn 4, 2.3).

Pocas afirmaciones tan fuertes y tan coincidentes como ésta de la *verdad de la carne de Jesús*, que por, y a partir de su *resurrección verdadera* es entronizado como *κύριος*.

En seguida surgirán las interpretaciones aberrantes de *gnosis*, contra la cual la primera literatura cristiana reafirmará la *verdad de la carne* (la corporeidad) de Cristo, presupuesto necesario de la *resurrección*, núcleo del querigma de la predicación apostólica y de los que sucedieron inmediatamente a los Apóstoles.

Clemente de Roma, consciente de ser eslabón en la sucesión de

y que pueden encontrarse en cualquier estudio bíblico o comentario a los *Hechos de los Apóstoles*.

3. Para la significación del término griego *σαρξ*, empleado en San Pablo y San Juan, cfr. ZORELL, F. *Lexicon graecum Novi Testamenti*, Paris 1961.

los Apóstoles ⁴ en su carta a los Corintios, dedica tres capítulos a reafirmar la resurrección de los muertos, «de la que hizo primicias a Cristo el Señor» ⁵. En la carta, la apelación a esta verdad, a primera vista, da la sensación de estar forzosamente inserta en un contexto todo él dirigido a reforzar la unidad en peligro. Pero, a fin de cuentas, es *la esperanza en sus promesas* ⁶ la que en definitiva mantendrá a los cristianos en el «camino», que es el mismo Cristo, al Señor, «quien nos ha hecho que gustáramos el conocimiento inmortal» ⁷, El quien nos ha incorporado a su mismo *cuerpo* ⁸.

Todo por la caridad. Por ella «Jesucristo, nuestro Señor, en voluntad de Dios, dio su sangre por nosotros, su carne por nuestra carne y su alma por nuestras almas» ⁹.

A esa esperanza en Cristo, y a esa caridad por la que Cristo entregó su *cuerpo* en la Cruz, apela San Policarpo ¹⁰, quien recuerda, contra los herejes, las palabras de San Juan: «Porque todo el que no confesare que Jesucristo ha venido en carne, es un Anticristo y el que no confesare el testimonio de la cruz procede del diablo» ¹¹.

El testimonio de la cruz, «insensatez para los gentiles» (1 Cor 1,23) lo exponía así la carta de San Bernabé: El Señor, «para destruir la muerte y mostrar la resurrección, toda vez que tenía que manifestarse en carne, sufrió, primero para cumplir la promesa hecha a los Padres, y luego, a la par que se preparaba El mismo para sí un pueblo nuevo, para demostrar estando en la tierra que, después de hacer El mismo la resurrección, juzgará» ¹².

Pues bien, de este tiempo apostólico, es San Ignacio, el mártir-testigo (permítasenos la redundancia) de esta verdad a que apuntan los testimonios que hemos aducido: la *verdad de la carne de Cristo*, Dios hecho carne, misterio que implica la antinomia de extremos de suyo incoherentes:

4. SAN CLEMENTE, *Carta primera a los Corintios*, XXIV (Ruiz Bueno, «Padres Apostólicos», BAC 65, p. 201).

5. Ibid.

6. Id. XXVII, p. 203.

7. Id. XXXVI, p. 211.

8. Id., XXXVIII, p. 213. Aunque no pueda establecerse una neta distinción de la palabra *σῶμα*, cuerpo, la usa San Clemente para designar el *Cuerpo de Cristo*, la Iglesia, cuya unidad propugna el Santo en esta carta.

9. Id. XLIX, p. 233.

10. SAN POLICARPO, *Carta a los Efesios*, VIII (Ibid. p. 667).

11. Ibid., p. 666.

12. *Carta de Bernabé*, V, ibid. p. 780.

Un médico hay... que es carnal y espiritual,
engendrado y no engendrado,
en la carne hecho Dios, en la muerte vida
verdadera,
tanto de María como de Dios,
primero pasible y luego impasible
Jesucristo Nuestro Señor ¹³.

«La verdad es que nuestro Dios, Jesús el Cristo, fue gestado en el seno por María, según la dispensación de Dios, 'de la semilla de David' pero del Espíritu Santo» ¹⁴.

Y el santo mártir propone una especie de fórmula de fe, que, con mayores o menores variantes, viene siendo la 'regula fidei' de la Iglesia:

Jesucristo, del linaje de David (nacido)
de María
que fue engendrado de verdad, y comió y bebió,
fue de verdad perseguido bajo Poncio Pilato,
crucificado de verdad y murió
a la vista de los moradores del cielo, de la tierra
y del abismo,
y de verdad también resucitó de entre los muertos,
resucitándolo su propio Padre,
y a semejanza suya a nosotros los que creemos en El
nos resucitará su Padre
en Cristo Jesús, fuera del cual no tenemos
verdadera vida ¹⁵.

Dios, pues, al hacerse hombre de verdad, es el Hijo de la Virgen: hijo de verdad pues de Ella tomó su *carne*, en la que padeció de verdad y de verdad resucitó. El acento lo ponen en ese *de verdad*, que defienden contra las fantasmagorías de los gnósticos: y, en el clima en que se debatían los cristianos, mártires acosados además

13. SAN IGNACIO, *Carta a los Efesios*, VII, 2 (Ibid. p. 451-452).

14. Id. XVIII, 2, p. 457.

15. Id., *Carta a los Trallianos*, IX, 1,2, p. 471. Cfr. *Carta a los Esmirniotas*, I, p. 489, y la carta apócrifa a los Tarsenses, III, p. 520. Todo el meollo de la fe lo resumía, en la carta a los Magnesios, en esta fórmula abreviada: «Que tengáis plena certidumbre del nacimiento, de la pasión y de la resurrección, acaecida en tiempos del gobierno de Poncio Pilato: cosas todas cumplidas de verdad y firmemente por Jesucristo, esperanza nuestra, de la que no permita Dios se aparte ninguno de vosotros», p. 465.

por estos herejes, los llamará San Ignacio «incorpóreos y demoníacos»¹⁶ y «fieras antropomórficas»¹⁷.

Con estas afirmaciones —y con el ataque «ad hominem» antiherético—, se trataba en definitiva de robustecer la razón del martirio: Si Cristo no sufrió de verdad, en balde sería sufrir por la fe y esperanza en Alguien que no tuvo carne de verdad:

«Ahora bien, si, como dicen algunos, gentes sin Dios, quiero decir sin fe, sólo en apariencia sufrió —¡y ellos sí que son pura apariencia!— ¿a qué estoy yo encadenado? ¿A qué estoy anhelando luchar contra las fieras?»¹⁸.

Pero todo es verdad, toda la razón la tienen los mártires, pues mueren en la fe de quien resucitó de verdad, pues *verdadera era la carne que tomó de María*¹⁹.

«Mas la verdad es que estar cerca de la espada es estar cerca de Dios y encontrarse en medio de las fieras es encontrarse en medio de Dios... A trueque de sufrir juntamente con El, todo lo soporto, como quiera que El mismo, que se hizo hombre perfecto, es quien me fortalece»²⁰.

Interesa subrayar esta expresión llena de significación que se desarrollará posteriormente.

La verdad, pues, de la carne de Dios lleva a los pensadores cristianos a afirmar que esta carne se formó de María: lo cual nos hace pensar que no es ilógica la línea de la reflexión cuando afirmamos que, para los cristianos de este período, la verdadera maternidad de María era argumento decisivo para demostrar que era verdadera esa carne que, formada en María, como la de un hombre cualquiera, comía, bebía y murió en la cruz, para resucitar *verdaderamente* con la misma carne en que había muerto de verdad.

Porque el meollo de la fe y la predicación era la *Resurrección* de Cristo, y como consecuencia de la salvación de todos los hombres, *nuestra resurrección*.

16. Id. *Carta a los Esmirniotas*, II, p. 489.

17. Ibid. IV, p. 490.

18. Id. *Carta a los Trallianos*, X, p. 472. Cfr. *Carta a los Tarsenses*, III, p. 520.

19. Id. *Carta a los Trallianos*, IX, p. 471.

20. Id. *Carta a los Esmirniotas*, IV, p. 491.

2. *La apología de la verdad de la carne de Cristo*

Ahora bien, la afirmación apologética de la verdad de la carne humana del Verbo no había sido objeto prioritario de los Padres Apostólicos, como lo iba a ser de los pensadores cristianos de la *etapa apologética*, que cubre los años en que el Cristianismo quiere entrar con pleno derecho en el ámbito cultural grecorromano.

El Cristianismo, además de una fe y una vida, es una cultura con una *filosofía*, superior a la de los mejores representantes del pensamiento helénico, y, desde luego, infinitamente superior a las ridículas mitologías que divulgaban los poetas.

Arístides, p.e., desde su mentalidad estoica defiende la superioridad de la idea cristiana de un «Dios creador de todas las cosas, artífice del Universo en su Hijo unigénito y en el Espíritu Santo».

Fue común a los apologistas, aunque no fuera el objeto primario de sus «apologías», defender o explicar, contra el pensamiento filosófico dominante, la verdad de la *resurrección* de los muertos, como derivación de la resurrección de Jesús.

Son varios los escritores que dedican al tema libros enteros. Recordemos Atenágoras, Orígenes, Metodio de Olimpo, Hipólito Romano, San Cipriano, el poema *De ave Phenice* que se atribuyó a Lactancio²¹.

La línea lógica del pensamiento, en la defensa de la verdad, era acudir a la omnipotencia de Dios que se manifiesta en la resurrección de Cristo, por quien todos resucitamos. Pero, para ello, como presupuesto lógico, tenían que defender la verdad de la carne humana en que Cristo padeció, murió y resucitó, los puntos dogmáticos que se profesan en los símbolos de siempre. Veamos, como apologista típico, el pensamiento de San Justino.

Filósofo convertido al Cristianismo, para su defensa se coloca en una postura comprometida. Filosóficamente trata de demostrar que la resurrección no es imposible, y pasa a una argumentación «ad hominem»: se coloca en el terreno de los mitos para lograr que sean aceptadas las verdades cristianas, «no porque coincidan con ellos, sino porque decimos la verdad»²². Y en este empeño de polemizar en el terreno de los mitos, acepta que tienen parte de verdad, ya que

21. Cfr. J. QUASTEN, *Patrología*, I (edic. BAC, 3.ª, Madrid 1978). Recordamos también que el libro V de *Adversus haereses* de San Ireneo está dedicado al tema de la resurrección.

22. SAN JUSTINO, *Apología* I, 23 (Ruiz Bueno, «Padres Apologistas griegos», BAC 116, p. 207).

en ellos se encuentran «semillas de la verdad» σπέρματα ἀληθείας²³ pues los poetas, como los escritores paganos dependen de los escritos revelados.

Entre estos 'gérmenes de verdad' están los mitos de la *inmortalidad*, que en el Cristianismo es firme esperanza de «recuperar nuestros cuerpos»²⁴ que se apoya en la enseñanza de Cristo²⁵.

«Cristo es nuestro διδάσκαλος²⁶ y para serlo γεννηθείς²⁷, fue engendrado».

Esta es, pensamos, afirmación básica en San Justino: «Nosotros afirmamos que nació de una virgen»²⁸.

Algún mito podía encontrarse semejante a esta verdad. Pero con anterioridad a todo mito —seguimos el pensamiento de San Justino— lo habían anunciado los Profetas, en concreto Isaías (1,31; 7,33). Y «así nos lo han enseñado los que consignaron los recuerdos todos referentes a nuestro Salvador Jesucristo»²⁹.

Y a lo largo de su apología, San Justino cree haber dado las pruebas suficientes para que se acepte el mensaje cristiano que resume en estas palabras: Cristo «nació hombre de una virgen por la virtud del Verbo conforme al designio de Dios, Padre soberano del universo, y fue llamado Jesús, y después de haberlo crucificado y muerto resucitó y subió a los cielos»³⁰.

Distinta actitud adoptaría contra los judíos. Como es lógico, San Justino parte de la Biblia, del Antiguo Testamento.

En el *Diálogo con Trifón* afirma que, dejando a un lado las prácticas más o menos temporales por ser exclusivamente rituales, la salvación que es para todos, de antes y después de Cristo, se logra

«por medio de Cristo en la resurrección»³¹.

23. Ibid. 44, p. 230.

24. Ibid. 18, p. 202.

25. Ibid., 22.23, p. 206.207.

26. Ibid., 14, p. 194. Cristo, hecho hombre, es el *Maestro*: pero, en cuanto Verbo, aun fuera del ámbito de la revelación, ha ido esparciendo «esos gérmenes de verdad» que cultiva la Filosofía: pero ésta posee sólo *partes* dispersas, que se concentran armónicamente en el *Verbo total* (p. 269). «Así, pues, nuestra religión es más sublime que toda enseñanza humana porque el Verbo entero, Cristo, aparecido por nosotros, se hizo cuerpo, mente y alma» Ibid. 10, p. 272.

27. Ibid. 14, p. 194.

28. Ibid. 22, p. 206.

29. Ibid. 33, p. 218.

30. Ibid. 46, p. 233.

31. SAN JUSTINO, *Diálogo con Trifón*, 45, p. 376.

Es cuestión de reconocer a Cristo como Hijo de Dios,

«que existiendo antes que el lucero de la mañana y que la luna se dignó nacer, hecho carne (*σαρκοποιηθεις*) de aquella Virgen del linaje de David

para destruir por esta su dispensación a la serpiente que es malvada desde el principio y a los ángeles parecidos a ella, y para que fuera despreciada la muerte»³².

Y arguyendo desde la lectura de la Biblia, Justino les acusa:

«Si comprendiérais lo que han dicho los Profetas, no negaríais que El es Dios Hijo del solo e ingénito e inefable Dios»³³.

Toda su argumentación va hacia la verdad de que Jesús es *Dios-hecho-carne*. Y, desde su filosofía iluminada por la Revelación, formula un principio que va a abrir anchos horizontes a la reflexión mariológica:

«Cristo... que en los discursos de los Profetas es llamado Sabiduría y Día y Oriente y Espada y Piedra y Vara y Jacob e Israel... se hizo hombre de una Virgen, a fin de que por el mismo camino que tuvo principio la desobediencia de la serpiente, por el mismo camino fuera desatada. Porque Eva, cuando aún era virgen e incorrupta, habiendo concebido la palabra de la serpiente, dio a luz la desobediencia y la muerte; María la Virgen en cambio, concibiendo fe y alegría, cuando el ángel Gabriel le dio la buena nueva de que el Espíritu del Señor descendería sobre ella y la fuerza del Altísimo le asombraría, por lo cual lo nacido de ella santo sería el Hijo de Dios, respondió. 'Hágase en mí según tu palabra' y por ella fue engendrado Angel a quien se refieren tantas Escrituras, por quien destruye a la serpiente y a los ángeles y hombres que a ella se asemejan, y libra de la muerte a quienes se arrepienten de sus malas obras y creen en El»³⁴.

32. Ibid.

33. Ibid. 128, p. 523.

34. Ibid., 100, p. 478.

Este es el Cristo de la Revelación σαρκοποιεθεὶς

«hecho carne de una virgen del linaje de los Patriarcas, pasible (παθητός)»³⁵.

Dios-hecho-carne, no ya sólo de la carne de una mujer, sino que porque esta Virgen actúa en la encarnación *libre y alegremente*. La Virgen, pues, no es sólo el instrumento donde el Padre forma para su Hijo la carne de su humanidad, sino la Madre que actúa con libertad responsable en la generación del Salvador y en la obra para que el Hijo de Dios se haga carne, la Salvación.

El testimonio de Tertuliano tiene una significación especial. Por la pasión que pone en la polémica, y, porque precisamente llevado de su apasionamiento, llega a negar la virginidad de María «in partu».

Sobre el tema escribió dos libros que se corresponden y complementan ideológicamente, *De carne Christi* y *De resurrectione carnis*.

En el prólogo del *De carne Christi* afirma que los «afines a los saduceos» para perturbar la fe en la resurrección de Cristo problematizan o niegan la verdad de la carne de Cristo. Así Marción, para negar la carne de Cristo, lógicamente niega su verdadero nacimiento, o para negar su nacimiento real, niega la verdad de la carne que tomó Cristo³⁶.

Pero hay que sostener ante todo la fe en la resurrección de Cristo, y la de nuestra verdadera resurrección: *Fiducia christianorum resurrectionis mortuorum*³⁷.

Y comienza por probar la concepción, y el nacimiento de Cristo, apoyándose en el relato de San Lucas. *No hay nacimiento sin carne, ni carne sin nacimiento*³⁸. Y, en un intenso alarde de realismo, que resulta molesto, insiste Tertuliano en describir todos los fenómenos de una concepción y nacimiento humano. Quiere acosar a sus adversarios, en concreto a Marción, para quitarle el apoyo racional de que todos esos fenómenos, casi repugnantes, son indignos de Dios.

Pero precisamente eso mismo demuestra el amor de Dios al hombre, al hombre histórico y concreto.

35. Ibid. 100, p. 477.

36. TERTULLIANI, Q. S. F. *De carne Christi*, PL 2, 754.

37. «Fiducia christianorum resurrectionis mortuorum. Illa credentes sumus; hoc credere veritas cogit. Veritatem Deus aperuit, sed vulgus irridet». *De resurrectione carnis*, I PL, 2, 795.

38. «Marcion ut carnem negaret, negavit etiam nativitatem, negavit et carnem: scilicet, ne invicem testimonium redderet et responderet nativitas et caro: quia nec nativitas sine carne, nec caro sine nativitate», *De carne Christi* PL 2, 754.

«Certe Christus dilexit hominem illum in immunditiis, in utero coagulatum, illum per pudenda prolatum, illum per ludibria nutritum: propter eum descendit, propter eum omni se humilitate deiecit usque ad mortem, mortem autem crucis»³⁹.

Porque si es indigno de Dios que su Hijo naciera de modo humano, más indigno de Dios es la muerte de Cristo en la Cruz.

Todo es *demencial*, insiste acosando a los adversarios: «Non erit tan stultum quam creder in Deum natum, et quidem ex *virgine*, et quidem *carneum*»⁴⁰.

Si no fuera así, añade, «se diría que Cristo no tuvo carne, y no sería 'hijo del hombre' si no tuviera una madre que fuese humana» (Aliter nec diceretur homo Christus sine carne, nec hominis filius sine aliquo parente homine)⁴¹.

Y en una invectiva propia de su carácter, encarándose con Marción, le dice: «Si eres apóstol, siente con los Apóstoles; si sólo eres cristiano, cree lo que se nos ha transmitido; pero si nada de esto eres, muérete, pues muerto está quien no es cristiano, al no creer lo que, al admitirlo, hace cristianos»⁴².

Y siempre en este tono de apasionamiento polémico, no sólo refuta a los adversarios desmontando sus argumentaciones, sino que afirma la verdad de Cristo, que debía de nacer de una virgen: «*Nove nasci debebat novae nativitatis dedicator*»⁴³.

Esta novedad era la originalidad cristiana, en cuyo origen está el *verdadero* nacimiento del que viene a instaurar la originalidad de una nueva vida. Pero esta novedad no está en que Cristo no tuviera carne humana, sino en que «homine Deus natus est, carni antiqui seminis suscepta, sine semine antiquo, ut illam novo semine, id est, spiritualiter reformaret exclusis antiquitatis sordibus expiatam»⁴⁴.

Está claro que estas «sordes» son de orden moral, pues, como

39. Id. *De carne Christi*, IV, PL 2, 759. «Amavit utique quem magno redemit», Ibid.

40. Ibid. V, PL 2, 760. Y pone todo el acento en argumentar sobre la *stultitia crucis*, porque si Cristo no murió, y por tanto no resucitó, «falsa est igitur fides nostra et phantasma est quod speramus a Christo», Ibid. La misma idea desarrollada en *Adversus Marcionem*, III, 11, PL 2, 33.

41. Ibid. XVII, PL 2, 781.

42. En el c. II demuestra sumariamente, con los datos evangélicos, la verdad del nacimiento de Cristo, para pasar a las acres invectivas de que está llena la polémica de Tertuliano, *De carne Christi*, II, PL 2, 755.

43. Ibid., XVII. PL 2, 781.

44. Ibid. PL 2, 782. «Haec est nativitas nova dum homo nascitur in Deo».

vimos, las de orden fisiológico no sólo nos las excluye sino que las subraya.

Pero se trata de demostrar que Cristo «ex humana matrice substantiam traxit»⁴⁵ y que esta carne, como la de cualquier hombre se desarrolló «in vulva»⁴⁶. Con lo cual anulaba el reduccionismo en la lectura del texto de Mateo, «quod in ea natum est»: «*In* ea erat —dice Tertuliano— quia *ex* ea erat». Afirmación que avala el mismo Mateo al decir, hablando de María, «ex qua natus est Christus»: lectura que corrobora con Gal 4,4 y con el Salmo 21,10⁴⁷.

Y, siguiendo con la argumentación tomada de la fisiología de la maternidad, insiste en que sólo una verdadera madre tiene en sus pechos leche con que alimentar a quien ha engendrado⁴⁸.

En toda esta defensa del verdadero origen humano de Cristo, aunque fuera de una virgen, Tertuliano se atiene a la *regla de fe*: «La regla de la fe es totalmente una, la sola inviolable e irreformable, por la cual creemos en un solo Dios todopoderoso, creador del mundo, y en su Hijo Jesucristo, nacido de María Virgen»⁴⁹.

Para Tertuliano, pues, se unen en Cristo las dos realidades, la de ser hombre con una carne realmente humana, y la de ser Hijo de Dios, que hace que este su nacimiento sea al mismo tiempo una *novedad*: la de ser fruto de una *tierra virgen*, como lo fuera Adán⁵⁰.

Y esto le lleva a presentar también el principio de recirculación, en el cual tiene su papel protagonista la Madre, María: «La imagen y semejanza que Dios puso en el hombre, arrebatada por el Diablo, Dios la recuperó con una émula operación, para que por el sexo en que la vida se había encaminado a la muerte, por el mismo fuera reintegrado a la salvación».

«Crediderat Eva serpenti: credidit Maria Gabrieli. Quod illa credendo deliquit, haec credendo delevit»⁵¹.

Estamos de nuevo ante el principio establecido por San Justino, y que nos lleva a enlazar con el apartado siguiente.

45. Es este capítulo donde establece y define los términos de la controversia «an carnem Christi ex virgine accepit, ut hoc praecipuo modo humanam eam constet si *ex humana matrice* substantiam traxit», PL, 2, 781.

46. Ibid. Cfr. c. XIX.

47. Ibid., XX, PL 2, 785.786. Volvemos a advertir que Tertuliano, en fuerza quizá de la acritud de la polémica, habla de un *parto normal*, no *virginal*.

48. Ibid, PL, 2, 786.788.

49. Id. *De virginibus velandis*, I, PL 2, 899.

50. Id. *De carne Christi*, XVII, PL 2,782.

51. Ibid.

3. *María cooperadora del Salvador*

Esta doctrina, que luego irá desenvolviéndose, creemos puede iluminar la expresión que encontramos en San Ignacio: ἄνθρωπος τέλειος.

En su obvia significación indica que Jesús es un hombre cabal, hombre como nosotros, con alma propia y cuerpo verdadero. Sobre todo, se insiste en la corporeidad: pues, si alguno la niega «maldice a mi Señor al no confesar que lleva una carne» y el tal es un «portador de un cadáver»⁵².

La carne de Cristo es la piedra de contraste: esa carne «pan de Dios»⁵³, «la misma que padeció y que el Padre resucitó, que se come en la Eucaristía»⁵⁴, y, que por tanto, sólo se da dentro de la Iglesia⁵⁵, es la que nos da la verdadera vida^{55bis}: y un solo pan, «medicina de inmortalidad, antídoto para no morir, antes que vivir en Jesucristo para siempre»⁵⁶.

*La pasión es la resurrección*⁵⁷.

Es una frase que la considero de un alcance verdaderamente luminoso. Para San Ignacio, la resurrección, y precisamente *en la carne*, es la culminación de un proceso, que, iniciado aquí en la tierra por nuestra incorporación sacramental con Cristo *carнал*, terminará en esa perfección que creo descubrir al decir que Cristo es el *hombre perfecto*.

«A Aquel busco que murió por nosotros, a Aquel amo que por nosotros resucitó... no me impidáis vivir; dejadme contemplar la luz pura; *llegado allí seré hombre*⁵⁸».

¿Podríamos decir que para San Ignacio el cristiano, sólo incorporándose a la muerte y resurrección de Cristo, llega a ser el *hombre de verdad*, que era la meta del Padre al enviarnos a su Hijo humanizado?

52. SAN IGNACIO, *Carta a los Esmirniotas*, V, 2, p. 491.

53. Id. *Carta a los Efesios*, V, 2, p. 450.

54. Id. *Carta a los Esmirniotas*, VII, p. 492.

55. Id. *Carta a los Efesios*, V, p. 450.

55 bis. XI, I, p. 454.

56. Ibid. XX, 2, p. 459.

57. Id. *Carta a los Esmirniotas*, V, 3, p. 491. Al hablar de los que niegan a Cristo, dice San Ignacio: «¿De qué me aprovecha que alguien me alabe a mí, si maldice de mi Señor al no confesar que lleva una carne? El que esto niega, le ha negado totalmente, siendo un portacadáveres?».

58. Id. *Carta a los Romanos*, VI, p. 478.

San Ignacio afirma:

«Desde aquel momento (la aparición de la Estrella)... derribada quedó toda ignorancia, deshecho el antiguo imperio, desde el momento en que apareció Dios hecho hombre para llevarnos a la 'novedad de la vida perdurable', y empezó a cumplirse lo que en Dios era obra consumada»⁵⁹.

No tenemos, ciertamente, más datos para ampliar el pensamiento de San Ignacio hacia la concepción del *Homo perfectus* en el sentido que tendrá después del Hombre que recapitula en sí todas las cosas, encontrando en Él toda la creación la consumación del plan creador del Padre.

Pero podemos honestamente pensar que su pensamiento precede, como un eslabón, al que ampliamente va a desarrollar San Ireneo.

El P. Aldama resume el pensamiento del Santo, y hacemos nuestras sus palabras: «Su punto de partida hay que buscarlo en la formación de Adán por Dios, *ad imaginem et similitudinem suam*. San Ireneo explica que, entre los constitutivos de Adán, era precisamente la carne (*plasma*) la que llevaba en sí la *imagen*. La carne había sido hecha según la imagen del Verbo. La *semejanza* le venía del Espíritu, comunicado a la carne por mediación del alma. Esto es lo que San Ireneo llama *hombre perfecto*... El modelo ideal de ese *hombre perfecto* es el Verbo encarnado, a cuya imagen formó Dios a Adán. Este, por eso mismo, era también en algún sentido hombre perfecto. Pero a él los dones superiores, gratuitos... se le comunicaron de un modo rudimentario e imperfecto, en un equilibrio inestable, roto muy pronto por el pecado, que le privó de la semejanza de Dios. De ahí que en el orden histórico incluya un verdadero progreso para volver al *hombre perfecto* que se había perdido por el pecado de Adán.

«Por eso la obra soteriológica de Cristo se cifrará en devolver al hombre esa *semejanza* perdida, llevándole así de nuevo a la perfección originaria. Mas esa intervención la hará el Verbo *recapitulando* en sí al hombre:

Quando se encarnó y se hizo hombre, recapituló en sí la larga serie de hombres, ofreciéndonos en compendio la salvación; para que, lo que habíamos perdido en Adán (esto es, ser a imagen y semejanza de Dios) esto lo recobráramos en Cristo»⁶⁰.

59. Id. *Carta a los Efesios*, XIX, 2, p. 458.

60. SAN IRENEO, *Adversus haereses*, 3.18.1, PG 7, 932. P. J. A. ALDAMA, *María en la patristica de los siglos I y II*, c. III (BAC 300, p. 72.73).

Es para esta recapitulación para la que Dios pide la cooperación de la Virgen. Si el Verbo iba a recapitular en su humanidad a toda la humanidad, siendo por tanto lo que San Agustín llamaría el *homo totus*, precisaba de esta naturaleza humana que tiene su primera expresión en la corporeidad. Y así el Verbo fue *hijo de hombre*:

«Porque, como hombre fue engendrado de María, que tenía una ascendencia humana, ya que ella misma era 'hombre', el Verbo se hizo hijo de hombre»⁶¹.

Y nuestro autor insiste en la idea que vemos, expuesta o subyacente, en los autores que estudiamos:

«Si no hubiera nacido, tampoco hubiera muerto; y, si no hubiera muerto tampoco hubiera resucitado de entre los muertos; y si él no ha resucitado de entre los muertos, no es el vencedor de la muerte ni el destructor de su reinado; y si la muerte no ha sido vencida, ¿cómo subiremos hasta la vida, nosotros que desde los orígenes aquí abajo, hemos caído bajo el imperio de la muerte?»⁶².

Ahora bien, tanto el origen como la muerte de Cristo, para San Ireneo tienen ese sentido de *recapitulación*, que, además de desquite, toca ese alcance de universalidad que distingue la teología de San Ireneo:

«Recapitulando en sí mismo a todo el hombre desde el principio hasta el fin, recapituló también su muerte. Pues ya sabemos que el Señor, obedeciendo al Padre, murió el mismo día en que murió Adán, que había desobedecido a Dios»⁶³.

Es cierto que la muerte de Cristo, con la resurrección subsiguiente, es el momento cimero de la salvación. Pero, en la visión de los Padres, y en concreto en San Ireneo, la *salvación es ya la Encarnación*.

Citamos de nuevo al P. Aldama. Después de citar el testimonio

61. SAN IRENEO, *Adversus haereses*, 3,19,3, PG 7, 1172.

62. Id. *Epideixis*, 39. Cfr. ALDAMA, pp. 76.77. Compárese v.g. con este testimonio de MELITÓN DE SARDES: «Por eso vino hasta nosotros, por esto, siendo incorpóreo, se tejió un cuerpo de nuestra naturaleza. El que parece como cordero, sigue siendo pastor; quien fue estimado como siervo, no abdicó de la dignidad de hijo; fue gestado como siervo, no abdicó de la dignidad del hijo; fue gestado por María y vestido por su Padre», fragmento de un tratado *Sobre la Cruz*, IBÁÑEZ-MENDOZA, *Homilias sobre la Pascua*, Pamplona 1975, p. 251.

63. SAN IRENEO, *Adversus haereses*, 5,19,1 PG 7, 1175.

de San Ireneo, que juzga el principal para la idea: «El es quien recapituló en sí mismo a todos los pueblos dispersos desde (el pecado de) Adán y todas las lenguas y la generación de los hombres a una con el mismo Adán» continúa:

«Estas palabras parecen afirmar con claridad que Cristo, al recapitular en sí a Adán (*cum ipso Adam*), recapituló también todas las generaciones humanas procedentes de Adán; es decir, las resumió en sí, por el mero hecho de recapitular en sí mismo a Adán, fuente de todas ellas.

«El texto es muy interesante, porque a continuación aduce como explicación la relación tipológica existente entre Adán y Cristo, según San Pablo. Adán es figura de Cristo. Es decir, Adán está pensado por Dios para reproducir en sí los rasgos que Cristo había de llevar a plenitud y perfección. En Adán estaba virtualmente todas las generaciones humanas, porque en Cristo habían de resumirse también todos los hombres, que por El llegarán finalmente a la salvación.

«Si esta interpretación del pasaje es exacta, San Ireneo veía en Cristo, ya desde el momento de su concepción en el seno de María, a todos los hombres que por El obtendrán la regeneración. Los veía ya salvados todos de una vez, como parece indicar este otro pasaje de unos capítulos antes:

Quando incarnatus est et homo factus est, *longam hominum expositionem in seipso recapitulavit, in compendio nobis salutem praestans*; ut, quod perdideramus in Adam (id est, secundum imaginem et similitudinem esse Dei), hoc in Christo Iesu recipereamus⁶⁴.

«Traernos *in compendio* la salvación ya en el momento de su concepción (por lo tanto en el seno de María) es, según el lenguaje de San Ireneo, salvarnos de hecho a todos en conjunto, haciendo en un instante y de una vez por su parte lo que normalmente habrá de hacerse durante los siglos a lo largo de las generaciones...

«Esta concepción de la redención operada *compendiosamente* en la misma encarnación al contacto de la humanidad con la divinidad en Cristo, tiene como resultado inmediato no sólo el que Jesús es Jefe y Cabeza de toda la humanidad redimida, ya en el seno de María (y de ese modo es verdaderamente *primogenitus Virginis*), sino que ese mismo la regenera a la nueva vida de Dios. La humanidad que

64. Ibid. 3,23,2; PG 7, 1185.

ella da maternalmente al Verbo es, desde el primer momento de su existencia en el seno virginal, lo mismo que la humanidad del Verbo, también la humanidad salvada, regenerada, santificada en El y por El. El término de la actividad maternal de María es realmente el Cristo total: la Cabeza unida con los miembros, el primogénito junto con los hermanos que recibe en El la filiación de Dios»⁶⁵.

La conclusión del P. Aldama es totalmente correcta, aunque San Ireneo no use expresamente el término que acuñaría después San Agustín: *Christus totus, homo totus*.

El *perfectus homo* simultáneo al *perfectus Deus*, que será más adelante la expresión distinguida y cabal del misterio de Cristo, se encuentra verdaderamente en la mariología de San Ireneo.

E Hipólito Romano, en su libro *Contra omnes haereses*, fijará una expresión similar: El todo Dios y todo hombre $\delta\lambda\omicron\varsigma \Theta\epsilon\omicron\varsigma \delta \acute{\alpha}\nu\tau\omicron\varsigma \delta\lambda\omicron\varsigma \acute{\alpha}\nu\theta\rho\omicron\pi\omicron\varsigma$ ⁶⁶. Y es entonces (teniendo en cuenta el énfasis que en el «principio de recirculación» o desquite subrayan la acción de María, en su *fe*, en su *obediencia* libre) cuando descubrimos el puesto que desde el principio la reflexión teológica señala para la *Madre de ese Cristo total*: verdad dogmática suficientemente desarrollada que el Vaticano expone en la const. *Lumen gentium*: María, instrumento libre en la encarnación-salvación, es «causa salutis», y, porque su papel es maternal, «mater omnium viventium»⁶⁷.

4. ¿María corredentora?

Hemos visto, en el sucinto análisis de los textos primitivos, que el término que preferentemente usan es $\sigma\omega\tau\eta\rho\iota\alpha$ *salus* o *salvatio*. Más tarde prevalecerá la palabra *redemptio*, apuntando preferentemente a la muerte del Salvador, cuya sangre es el *precio* de este rescate o contraventa.

Pero, tanto si se habla de salvación como de *redención*, la teología explica que la obra salvífica la realiza Cristo con todos los actos de su vida y resurrección, desde su oblación inicial al entrar en el mundo, hasta el acto de resignación final en que voluntariamente entrega su alma a manos del Padre.

65. ALDAMA, o.c., 12 p. 314.316.

66. SAN HIPÓLITO ROMANO, *Contra omnes haereses* VI, 35, PG 16, 3248.

67. Conc. Vaticano II, Const. «Lumen gentium» n. 56, que resume todo el pensamiento patristico sobre el alcance soteriológico de la Virgen María en la Encarnación del Verbo.

De aquí que, aunque en los Padres que hemos examinado se ponga el acento en la Encarnación como salvación *ya hecha*, no olviden que ese *cuerpo* que toma de su Madre es para poder *morir* en precio de redención.

Así escribe San Hipólito: «No hay más que un Hijo de Dios, por cuyo «munus» también nosotros hemos recibido la generación por obra del Espíritu Santo y deseamos llegar todos a formar el Hombre perfecto y celestial.

«Pero el Verbo de Dios, al no tener carne, se vistió la carne santa de la santa Virgen, tejiéndosela como un esposo, para el patíbulo de la cruz; y así uniendo nuestro cuerpo mortal a su poder, lo corruptible a lo incorruptible, la debilidad a la fortaleza ofreciera la salvación al hombre que había perecido»⁶⁸.

Afirmación ésta que se repetirá de mil maneras: supuesto que la salvación se consumaría con la muerte en la cruz, como la Divinidad no tenía en qué morir, tomó una *carne*, un cuerpo en que pudiera morir por la salvación del mundo.

En esta asunción de la carne ya hemos visto qué papel desempeña la Madre. Ahora bien: ¿María interviene directamente sólo en este momento histórico de la salvación, o es voluntad de Dios que directamente estuviera asociada a los momentos de la acción salvadora de su Hijo, y concretamente en la Cruz?

Correctamente podríamos hacer un silogismo: si María es la «causa de la salvación» al prestar en clima de fe y obediencia libres su cuerpo para que de él formara el Espíritu Santo el cuerpo del Redentor, es también causa —subordinada y dependiente al Redentor— de la acción redentora del Calvario: por aquello de que «quod est causa causae est causa causati».

La deducción la estimamos aceptable, y está en la base de esa cooperación que todos los teólogos —si bien con explicaciones distintas— atribuyen a María en la hora del Calvario. Y el apoyo bíblico indicado es la escena que nos narra San Juan, el discípulo a quien Cristo entregó su propia madre⁶⁹.

Pero hemos de confesar, que extrañamente, aun esta escena con la proyección mística de proclamación de la maternidad espiritual de la Madre de Jesús, está ausente de la óptica de los autores que hemos estudiado.

68. SAN HIPÓLITO ROMANO, *De Christo et Antichristo*, III, IV, PG 10,751.752.

69. Para tener una idea de la situación actual del problema de la *Corredención* puede consultarse P. ROSCHINI, *Dizionario de Mariologia*; DILLEN SCHNEIDER, *María dans l'economia de la création renovée*, Paris 1957; CAROL, *Mariologia* (BAC, 242)

Es Orígenes el primero que, aun discretamente, habla de la tipicidad de Juan para con aquellos que quieren tener a María como madre⁷⁰: ejemplaridad que tardaría siglos en abrirse camino y hacerse general en la exégesis del texto⁷¹. Por donde el problema de la *corredención* de la Virgen, en este momento del Calvario —tal como hoy se plantea— es, al menos en los autores estudiados, un tema desconocido.

Pero, si tenemos en cuenta la hondura y claridad con que, ininterrumpidamente se enseña el alcance soteriológico del «fiat» de María en la Encarnación, esta doctrina nos da pie para afirmar que, para la reflexión teológica de los orígenes, María no es sólo la Madre que suministra, voluntariamente, la carne salvadora, sino que esta voluntariedad, en clima de fe y obediencia, hizo a María y ya en la Encarnación, madre espiritual de los que formamos el Cristo místico, el Cristo total.

70. ORÍGENES, *Comentarios al Evangelio de San Juan*, Prefacio, 6, PG 14,31.

71. Cfr. SALGADO, J. M., *La maternité spirituelle de la très Sainte Vierge*, Bilan actual en «Ephemerides Mariologicae» XX, 4 (1970).

